

KODAMA EN LO ALTO DEL MANZANO

TIEMPOS DIFÍCILES (Charles Dickens)

Mi padre dijo que iba al estanco a comprar tabaco y nunca más volvió a vérselo el pelo. Mi madre, que no era fumadora, recurrió a otra artimaña para desaparecer. Estaba zurciéndome unos calcetines cuando, como quien no quiere la cosa, anunció que bajaba a la mercería de la señora Carmen a comprar un carrete de hilo. Hasta hoy. La abuela Aurora se hizo cargo de mí. No tenía amigos y en el colegio era una calamidad. Por recomendación de mi maestra acudí a la consulta de un médico que después de infinidad de aburridísimas pruebas me diagnosticó un síndrome de nombre impronunciable que me incapacitaba para continuar con normalidad mis estudios, pero que desde luego no me imposibilitaba para muchas otras obligaciones y placeres de la vida. Mi abuela se pasaba el día sentada delante de la tele. Su dieta intelectual era muy poco variada: telenovelas y el pronóstico del tiempo. Yo me aburría a horrores. En casa había pocos libros: uno de cocina lleno de lamparones de grasa, una Biblia y un tomo hecho polvo de *Esther y su mundo* que había pertenecido a mi madre y que prácticamente me sabía de memoria. Ese libro, desencuadernado y al que le caían las hojas, fue la semilla de mi voracidad lectora. Lo leía y en mi vida se abría un paréntesis de felicidad que me aislaba de todo lo que el mundo tenía de gris y mezquino. Yo intuía que otros libros podían proporcionarme una experiencia semejante e incluso mejor. Cómprame un libro nuevo, abuela, le pedí el día que cumplí catorce años. Mi abuela me miró como si acabara de pedirle que me regalara un jamón de jabugo cinco jotas. Bastante milagro es que tengamos para comer, chiquillo, me dijo con gesto avinagrado. El dinero no cae del cielo y no podemos permitirnos el lujo de gastarlo en libros, pero se me ocurre una idea. ¿Vamos a robarlos?, pregunté con cierta aprensión. Mi abuela me propinó una colleja. Pues claro que no vamos a robarlos, tarugo. Te llevaré a un sitio donde hay muchos libros y gratis. ¿Existen lugares así? Sí, respondió la abuela, y se llaman bibliotecas.

LA ISLA DEL TESORO (Robert L. Stevenson)

La primera vez que pisé la Biblioteca Ánxel Casal me quedé pasmado la cantidad de libros que allí había, pero mayor aún fue el pasmo que me produjo saber que todos aquellos ejemplares estaban a mi entera disposición, del primero al último, y que para acceder a ellos sólo era preciso

hacerse un carnet de usuario. Una empleada de la biblioteca me sacó una fotografía con una pequeña cámara digital. No salí muy favorecido, pero ése resultó un detalle insignificante tan pronto como me entregó mi carnet de lector, una especie de *ábrete sésamo* que me permitiría disfrutar de todo aquel fabuloso tesoro. La abuela Aurora me dijo que tenía un cuarto de hora para husmear entre los estantes. Te esperaré aquí sentada, dijo al tiempo que se acomodaba en un sofá tan mullido que parecía que iba a tragársela. Aquel lugar era tan grande y disponía de tantos libros que no sabía por dónde empezar. Me sentía como el asno de Buridán, tentado por la oferta pero incapaz de decidirme. Estaba plantado al pie de unas escaleras, debatiéndome acerca de qué camino seguir, cuando de repente alguien me dio un toquecito en el hombro. ¿Puedo ayudarte, amigo? Era un hombre con el pelo largo y cano sujeto con una cola. Llevaba las gafas colgadas de un cordón sobre el pecho y una camiseta que algún día debió de ser negra y que me pareció la mar de apropiada para su trabajo, pues ponía en mayúsculas LEE. Estoy buscando un libro para leer, respondí. ¿Qué libro?, preguntó él. Uno que me guste. Pues estás de suerte, porque de esos tenemos un montón, acompáñame. Me llevó a la sección infantil y sin pensárselo dos veces extrajo de un estante un *Gulliver* ilustrado. Este es de los que gustan, me dijo, léetelo y ya me contarás. El tipo de la coleta acertó. El libro me gustó mucho y un par de días más tarde, ya sin la compañía de la abuela, regresé a la biblioteca a por una nueva dosis de lectura.

LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA (Thomas E. Lawrence)

Han pasado seis años desde entonces y ciertas cosas han cambiado en mi vida y supongo que en la de todos los que me rodean. Bernardo, por ejemplo, sigue igual de flaco, pero su pelo es ahora más blanco y la coleta, antes gruesa, ha adelgazado hasta el extremo de parecer la cola de una rata famélica. Tengo un cuaderno con hojas cuadriculadas en el que anota todas mis lecturas. *El libro de la selva, La isla del tesoro, Peter Pan, Oliver Twist*, todos los álbumes de *Tintín*, el *Lazarillo de Tormes*, la saga completa de *Harry Potter* y muchos más. Leo tres libros a la semana y continúo viviendo con mi abuela aunque ya no voy al colegio. Ahora tengo un trabajo. Soy repartidor del restaurante del señor Huang. Dispongo de una Derbi Variant con la que recorro la ciudad de una punta a otra para proveer de rollitos de primavera, arroz tres delicias, pollo con almendras y lo que se tercie a una clientela de paladar nada exigente, que mantiene una fidelidad inquebrantable al restaurante del señor Huang más por lo ajustado de sus precios que por los primores de su cocina. No he llegado a pisar el instituto, pero creo que mi formación humana no se ha visto mermada por tal carencia. Los libros que tomo en préstamo de la biblioteca y la sabiduría compartida de mi dos amigos, el señor Huang y Bernardo, el bibliotecario de la coleta, han suplido con creces la formación que me podían haber dispensado en un centro de enseñanza

regulado y homologado, con la ventaja añadida que de este modo me he visto eximido del trato con unos semejantes que, dada mi condición de diferente (dejémoslo así) a buen seguro me habrían hecho víctima de alguna trastada. Debo señalar que la sabiduría de mis dos amigos es diferente. La del señor Huang es reconcentrada y dada a una circunspección que a veces resulta exasperante. Aprovecho los ratos muertos entre pedido y pedido para leer sentado en la barra, mientras el señor Huang se entretiene jugando al mahjong con la cocinera del restaurante, un señora de la edad de mi abuela que le gana siempre y que no abre la boca más que para trasegar copitas de anís del mono. A veces, mi jefe, mosqueado por una nueva derrota, se levanta airado de la mesa y se pasea por el pequeño restaurante. Se acerca a mí. Me quita el libro de las manos, lo hojea un rato y luego me lo devuelve. ¿Es bueno? Sí, acostumbro a responder. Leer es gran cosa, dice categórico. ¿Por qué? El señor Huang clava la vista en el paisaje de dragones y pagodas de la pared y permanece callado una eternidad, rumiando en silencio sus propios pensamientos, mientras yo aguardo expectante una respuesta. Ayuda a crecer cabeza, responde por fin. Este destilado de sabiduría oriental me mantiene intrigado durante un buen rato, porque tengo para mí que las palabras del señor Huang, pese a su aparente sencillez y claridad, esconden en su interior perlas que conviene no pasar por alto, como esos Haiku que hablan de garzas, cañas de bambú y estanques, que aparentemente no dicen nada, pero que si los rumias con paciencia un par de semanas, o meses incluso, acaban por provocarte un inesperado fogonazo de belleza.

Bernardo, en cambio, es menos parco en palabras y su manera de compartir conmigo su sabiduría supone un auténtico derroche de saliva y aliento. ¿Sabes lo que es el número Pi? Sí, respondo con orgullo, la relación entre la longitud de una circunferencia y su diámetro. Exacto, bien, pues el número Pi, 3,14 y todo lo que sigue, según Bernardo, es mágico. Explícate, hombre. El número Pi contiene todas las combinaciones posibles de números que puedas imaginar, el número de tu DNI, el de tu teléfono, tu fecha de nacimiento... ¿La matrícula del Mercedes del señor Huang? También. Los libros de esta biblioteca son algo parecido al número Pi. ¿Tienen magia? Bueno, algo de magia sí tienen. Todas las historias que puedas imaginarte, cualquier personaje que se te ocurra, desde un loco que recorre La Mancha a lomos de un caballo en compañía de su fiel escudero, unos aventureros que llegan a la Luna después de haber sido disparados por un gigantesco cañón, un viejo capitán que persigue a una ballena blanca por todos los mares del planeta, un niño de madera al que le crece la nupia cada vez que dice una trola... todo, absolutamente todo está aquí, escondido entre las páginas de estos libros, esperando a que los abras para que empiecen a hablar solo para ti. ¿Batallas de piratas? Sí. ¿Marcianos que quieren invadir la Tierra? De esos a patadas. ¿De chicas guapas a rabiarse que se enamoran de alguien como yo, aunque sea pobre, algo corto de luces y no precisamente un dechado de atractivo? Bernardo se

toma su tiempo antes de responderme, como si estuviese debatiéndose entre ofrecerme la cruda verdad o echar mano de una piadosa mentira. ¿Qué, hay de éstos o no?, pregunto escamado. Sí, también hay de éstos. ¿Me estás mintiendo, Bernardo? Yo nunca miento, excepto cuando no digo la verdad. Me quedo con la primera parte de su respuesta, que es la que más me consuela y dispenso a mi amigo de mostrarme ese libro, cuya existencia me resulta muy, pero que muy poco probable.

EL SASTRECILLO VALIENTE (Jakob y Wilhelm Grimm)

Llega un momento en la vida de toda persona en que debe comenzar a dar pasos por su cuenta y tomar sus propias decisiones. Bernardo siempre fue mi fiel guía en el fabuloso y bien provisto mundo de la biblioteca. Durante mucho tiempo me acompañó por los pasillos, hablando siempre de libros, contándome anécdotas de los autores, recomendándome lecturas, resolviendo mis dudas con una paciencia que no hay paga extra en el mundo que pueda remunerar. Sin él me hubiese perdido, mis lecturas hubiesen sido deslavazadas y puede que poco provechosas. Pero después de haber dado cuenta de un buen número de libros y con veinte castañas auestas, había llegado el momento de independizarme. El polluelo abandona el nido, Bernardo, a partir de hoy me buscaré la vida yo solo. El bibliotecario me dedica una mirada de consternación que se me antoja similar a la que debieron dedicarle a Colón el día de su partida en Palos de la Frontera rumbo a las Indias. ¿Estás seguro de que te apañarás tú solo? Sí, lo estoy, al ciento por ciento, confía en mí.

Es un pensamiento que no he compartido con nadie, ni siquiera con Bernardo. Los libros que nadie se lleva, los que permanecen años en las estanterías, olvidados y tristes, acumulando polvo mientras aguardan a que una mano misericordiosa se interese por ellos, aunque no sea para llevárselos a casa, sino sólo para dedicarles un simple vistazo antes de devolverlos a su sitio, esos libros cuyas hojas amarillean y adquieren el tacto quebradizo del barquillo... bueno, a lo que iba, esos libros me recuerdan mi propia circunstancia, porque sin lectores, todos ellos, de algún modo, también son víctimas del abandono, huérfanos apócrifos, seres dejados de lado y condenados al olvido. A lo largo de estos años de visitas a la biblioteca he tenido oportunidad de reconocer a unos cuantos hijos de nadie. De hecho la sección de Filosofía de la biblioteca es un auténtico orfanato, digno de una novela de Dickens, con una nómina de desahuciados que supera con creces a cualquier otra sección. Hacia allí encamino mis pasos guiado por el orgullo de mi recién estrenada independencia. Dedico media hora larga a recorrer los lomos con la punta del dedo, leo títulos que parecen estar escritos en chino y al final cojo un tomo y bajo con él al mostrador de préstamos. Se lo entrego a Bernardo, que se coloca las gafas en la punta de la nariz y lee el título en voz alta: *De Husserl a Heidegger: la transformación del pensamiento fenomenológico*. Se quita

las gafas y, mirándome fijamente a los ojos, sin aprobación ni censura, pregunta: ¿Quieres llevarte este libro? Respondo con un enérgico cabezazo. Sí, señor. Quizá te resulte un poco... árido. Está decidido, Bernardo, me lo llevo. Bernardo se encoge de hombros, formaliza el préstamo y me devuelve el libro con la precaución de quien pone un revólver cargado en las manos de un chimpancé. Bueno, pues ya me contarás.

La verdad es que poco pude contarle, porque aunque me lo leí de cabo a rabo, no me enteré de nada. Le confesé a Bernardo el poco provecho que había sacado de mi farragosa lectura y de un modo injusto le recliné no haberme advertido del pesado (léase en sentido literal y figurado) mamotreto que había cogido en préstamo. ¿Por qué no me dijiste que este libro era un tostón? Bernardo sonrió con la mitad de la boca, la otra mitad la dejó en reserva para recordarme que la decisión había sido mía, y me habló de una tal María Kodama, que entre otras cosas, había sido la esposa de un escritor argentino llamado Jorge Luis Borges. ¿Qué tiene que ver esa mujer con el pensamiento fenomenológico?, le pregunté intrigado. Nada, respondió Bernardo. Entonces me contó una anécdota que había leído hacía mucho tiempo en la biografía de Borges. Cuando era pequeña, María se subió a un árbol. ¿Qué árbol? No recuerdo, pongamos que un manzano. Las ramas eran frágiles y era cuestión de minutos, o puede que sólo de segundos, que la niña cayese como una fruta madura y se diese un buen mamporro. ¿La bajó del árbol Husserl o Heidegger?, pregunté dando muestras de impaciencia. No digas bobadas y escucha. El padre de María, un japonés muy flemático, se quedó observándola sin ponerse a gritar que bajase inmediatamente del árbol antes de que las ramas se partiesen y ella acabase estampada contra el suelo, que es lo que haríamos el noventa y nueve por ciento de los padres. ¿Qué hizo el padre? Pues se acercó tranquilamente al árbol con las manos en los bolsillos y le dijo que había subido muy alto, que las ramas no aguantarían su peso y que entonces se caería y se rompería un brazo o una pierna y que eso le iba a doler un montón. Dicho esto, dio la vuelta y se alejó de allí silbando como si todo aquel asunto no fuese con él. ¿Y la niña?, pregunté. ¿Qué hizo María? Pues lo que hacen los niños inteligentes, seguir las recomendaciones de sus padres. Dediqué unos segundos a procesar aquella anécdota sin ser capaz de entender qué pretendía el bibliotecario al contármela. Yo no me subí a un árbol, Bernardo. Ya lo sé, pero no quisiste oír mi consejo y te acabaste dando un castañazo.

Después de aquella experiencia decidí que no me llevaría ni un solo libro de la biblioteca sin haber consultado antes con Bernardo. No es que él me diga lo que tengo o no que leer, pero confío en su criterio y nunca se equivoca con sus recomendaciones, aunque en ocasiones algún libro que me exhortó a leer con los más encendidos elogios acabó por sumirme en un estado de angustia y un terror que ni la más sangrienta peli gore me ha llegado a provocar jamás. ¿Habéis leído *La metamorfosis*, de Franz Kafka? Yo sí, a instancias de mi amigo bibliotecario, y os aseguro que fue

una de las experiencias más acongojantes de mi vida. Durante un par de semanas me desperté con el corazón latiéndome en la boca. Lo primero que hacía al abrir los ojos era palparme el cuerpo para asegurarme de que seguía siendo el mismo muchacho de la noche anterior y no un asqueroso bichejo. Corría al baño e inspeccionaba mi rostro. No os podéis imaginar el alivio que sentía cuando el espejo me devolvía un rostro con dos ojos, el mismo número de orejas, una nariz bajo la cual florecía un denso mostachillo y la boca de costumbre. ¡Ostras! Lees *La metamorfosis* y ya nada vuelve a ser lo mismo. Bernardo dice que es precisamente eso es lo que diferencia las grandes obras de la literatura de las mediocridades: la capacidad de impactarte, de poner patas arriba tu vida. No sé, no sé...

MUERTE EN EL CLUB DE LA LECTURA (Charlaine Harris)

La lectura es un placer solitario. De acuerdo, pero también es una experiencia que pude ser compartida. Bernardo me propuso apuntarme al Club de Lectura que todas las tardes de los viernes se reunía en la biblioteca Ánxel Casal. Yo no tenía ni idea de qué se hacía en un club de lectura. Básicamente leer un libro y luego hablar de él con otras personas, me aclaró el bibliotecario. Aquella fue una experiencia reveladora, porque descubrí algo que jamás se me había pasado por la cabeza, que un libro se puede leer de muchas maneras diferentes, que de hecho hay tantas formas de leerlo como lectores, porque los libros son mundos abiertos a infinidad de interpretaciones, se enriquecen con lo que somos, con nuestras experiencias vitales, nos dan tanto como nosotros a ellos, entre lector y libro hay una relación de absoluta reciprocidad, un toma y daca que se mantiene incluso cuando lo has acabado y lo devuelves al estante. El libro leído y cerrado perpetúa un eco en tu cabeza, como la música o una buena película en la que sigues pensando días después de haberla visto. No sé si me explico... En fin, el caso es que seguí el consejo de Bernardo y me inscribí en el Club de Lectura de la biblioteca. Éramos siete personas, dos hombres y cinco mujeres (lo que dice bastante acerca de la disposición lectora de los varones en este país, pero no es de esto de lo que quería hablar). Sigo. Entre el elenco femenino destacaba, por sus prolijas y arrebatadas intervenciones, Carmen Coteló, mujer de unos sesenta años, funcionaria de la administración autonómica, madre de dos hijos en edad universitaria y poetisa inédita. Carmen hablaba por los codos, paseando la mirada por los rostros de los seis restantes miembros del club para asegurarse de que todos estábamos prestando la debida atención a sus palabras. Se presentaba en la biblioteca con su libro lleno de *post it* en los que hacía anotaciones con una caligrafía garbancera, páginas dobladas, marcas de lápiz y subrayados fluorescentes de todos los colores imaginables. Más que leer, lo suyo parecía una disección de una minuciosidad que para sí quisieran los forenses de CSI. Una sola línea encendía en ella tal cantidad de reflexiones, comentarios, sugerencias e inspiración

para sus propios versos que uno acababa con la impresión de no haber leído la obra con el suficiente esmero. Un adjetivo o una mísera coma eran motivos suficientes para desatar su vehemente glosa. Gracias a Carmen, mis lecturas se hicieron menos superficiales. Para no quedar como un borrico delante de ella y de los otros miembros del club, comencé a leer con más detenimiento, reparando no sólo en el hilo de la trama, sino también en el modo en que el autor transmitía sus ideas, los mensajes ocultos, las sutilezas de la expresión y un cúmulo más de aspectos de los que me había desatendido hasta entonces.

Y llegados a esta punto, creo que debo hablar de Rosana, una chica de mi edad, estudiante de Ciclo Superior en el Conservatorio, que acudía también a las reuniones del Club de Lectura de la biblioteca. Venía con una bolso cargado de libros y la funda rígida en la que trasportaba el violonchelo. Era extremadamente delgada y alta. Su piel era blanquísima y hablaba en un tono de voz tan bajo que parecía comunicarse en susurros. Hace un par de meses nos reunimos para comentar *Madame Bovary* de Gustave Flaubert. Carmen Coteló se presentó en la biblioteca con una expresión de absoluto abatimiento. El de Flaubert era uno de sus libros preferidos y lo había leído cuatro veces. La mujer había preparado un arsenal de notas y comentarios para nuestra reunión semanal, pero una afección de garganta le impedía hablar, lo que, aunque esté mal que lo diga, fue una bendición, ya que el resto de miembros del club pudimos explayarnos a gusto sin que ella, como era su costumbre, monopolizase la conversación. Carmen estaba desesperada, carraspeaba continuamente tratando de recuperar la voz, al tiempo que trituraba un caramelo de menta tras otro, con el único provecho de perfumar el ambiente con el intenso aroma mentolado que emanaba de su aliento. Cada vez que intentaba hablar, su voz sonaba ronca y desagradable como un serrucho. En un momento dado Rosana, siempre tan reservada, se atrevió a hacer una valoración del libro. Dijo que comprendía la actitud de Emma, que a pesar de las apariencias, la traición a su marido no era un gesto de egoísmo, sino el único camino al alcance de una mujer tremendamente frustrada e insatisfecha con su vida conyugal. Todo el mundo tiene derecho a buscar la felicidad, dijo Rosana en un tono de voz tan bajo que debíamos esforzarnos para oír sus palabras, y añadió: la más terrible de las traiciones es la que perpetrarnos contra nosotros mismos cuando aceptamos una vida gris e incompleta al lado de personas que no nos hacen felices. Yo la escuchaba anonadado, con un sentimiento de tristeza pellizcándome el corazón. Tenía la impresión de que Rosana no estaba refiriéndose sólo a Emma Bovary, sino que el argumento del libro le brindaba la posibilidad de desahogar la negrura de su propio corazón. ¿Era una mujer infeliz? ¿Sopesaba la posibilidad de traicionar a un novio tan insulso como el Charles de la novela? Ni siquiera hoy soy capaz de explicarme qué voluntad ordenó el gesto. Fue un impulso que brotó de mí como un acto reflejo, un movimiento que llevé a cabo sin el concurso de la consciencia. Rosana

no había acabado de hablar cuando mi mano fue a posarse sobre la suya. ¿Qué pretendía yo? ¿Ofrecerle un consuelo que no me había pedido? ¿Postularme como candidato a Rodolphe Boulanger o Léon Dupuis? No lo sé. El caso es que Rosana interrumpió su discurso y se quedó un rato observando mi mano como si fuese un sapo que hubiese caído repentinamente del techo sobre la suya. Me miró poniendo en los ojos toda su capacidad de asombro. Noté el rubor correrme de una oreja a otra y retiré la mano a toda velocidad, como si por un descuido la hubiese puesto sobre un hierro candente. Adopté una pose de aparatoso disimulo, miré al techo, comprobé longitud y estado de limpieza de mis uñas, ordené mis papeles... sólo me faltó ponerme a silbar. No creo que ninguno de los presentes se percatase de lo ocurrido y si alguno se enteró, al menos tuvo la delicadeza no hacer ni un solo comentario al respecto.

A D I O S E S Y B I E N V E N I D A S (M a r i o B e n e d e t t i)

Después de este episodio que acabo de referir, algo cambió en mí. Notaba algo extraño en mi interior, una especie de tibieza que se remansaba en mi pecho y que iba acompañada de una embarullada alternancia de sístoles y diástoles que parecían seguir un paso distinto al habitual, como un recluta con dos pies izquierdos que no hace más que perder el paso. Mi trabajo con el señor Huang también se vio afectado por esta disposición de ánimo inédita en mi vida. Me pasaba las horas acodado en la barra del restaurante, suspirando, incapaz de concentrarme en la lectura de mis libros. A la hora de hacer los repartos en la moto me perdía por las calles de la ciudad y entregaba a destiempo los pedidos, que siempre llegaban fríos y provocaban por ello furibundas quejas por parte de los clientes. El mundo parecía haberse cubierto con una gasa espesa y pegajosa, una especie de telaraña que me había atrapado justo en su centro y me mantenía allí atrapado en una confusión absoluta. Un día, el señor Huang, que llevaba un tiempo siendo paciente testigo de mi ingrátido estado de ánimo, se acercó a la barra, me puso una mano en el hombro y me miró un par de segundos en silencio. Cabeza llena, ahora toca llenar corazón, dijo como si le estuviese hablando a un hijo, y como yo barruntaba que mi jefe aún no había concluido, me quedé a la espera de un colofón de sapiencia a aquel comentario. El señor Huang llenó los pulmones de aire, retiró la mano de mi hombro, me pellizó la mejilla y sonrió exultante. Tú enamorado hasta cachas, chaval. Vaya, así que se trata de eso, pensé, esta confusión en la que vivo, este desasosiego que me impide concentrarme en nada, este ir por la vida como un perro desganado resulta que es amor. Aprovechando que un cliente de la zona había pedido que le envasen el menú de la casa me acerqué a la biblioteca. Dejé la moto junto a la puerta de la entrada. Bernardo aún no había llegado y decidí esperarlo deambulando un rato por la sección de comics. Estaba decidido a contarle lo que me ocurría. Además de bibliotecario, Bernardo era un hombre al que la edad y la experiencia aupaban a mi parecer a la categoría de consejero para asuntos de esta naturaleza. Llegó puntual y

se desprendió de la cazadora de cuero para reemplazarla por una bata blanca como la que usan los médicos. ¿Puedo hablar contigo a solas? Nos dirigimos a un rincón de la planta baja donde había una máquina de café y un par de sillones. Tú me dirás, dijo el bibliotecario. ¿Tú sabes algo del amor?, le pregunté a bocajarro. Bernardo se quedó mirando la punta de sus viejas zapatillas de deporte, como si esperase encontrar allí inspiración para responder a la pregunta que le había formulado. ¿Del amor? Sí, del amor. Bueno, pues supongo que sé lo que sabe todo el mundo, mucho, poco, puede que nada en absoluto, no sé qué decirte, ¿por qué me lo preguntas? Creo que me he enamorado y no sé qué hacer. Bernardo sacó un bolígrafo del bolsillo de la bata y se puso a darle vueltas entre los dedos. ¿Puedes ayudarme? No sé cómo, la verdad, pero tengo una idea. Me pidió que lo esperase allí y al cabo de un par de minutos regresó con un libro. Toma, me dijo, quizá esto te resulte útil. ¿Un libro? Pues claro que un libro, esto es una biblioteca, no una farmacia. Leí el título. *Cien poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda. Abrí el libro al azar y leí en alto el primer verso de un poema. *Me gustas cuando callas porque estás como ausente...* No me lo podía creer. Aquel Neruda, retratado en la solapa con una gorra y una pipa sujeta entre los labios, parecía haber escrito esas palabras pensando en una persona tan retraída y callada como Rosana y no sólo eso, sino que me las prestaba generosamente para darle voz a las mías, como si el poeta fuese capaz de leer en la hondura de mi corazón y convertir el desconcierto que me habitaba en un mensaje claro y ordenado. Paseé la mirada por el poema y leí otro verso. *Déjame que te hable también con tu silencio.* ¡Eso también quería decirlo yo! Me abracé a Bernardo con todas mis fuerzas. Gracias, amigo, le dije con un hilo de voz, muchas gracias.

Los libros, bien que me lo tenía advertido Bernardo, hay que leerlos con cierta precaución. No cabe duda de que suscitan muchas preguntas, pero pocas veces ofrecen respuestas. Quizá sea mejor así: aceptar el reto de ser mordido por los dientes de la duda y luego cerrar el libro y buscar tú mismo las respuestas, o simplemente resignarte a vivir eternamente sin ellas. Ahora sé que ningún poemario de amor, escrito o por escribir, va a facilitarme las cosas con mi amada. Los poemas no son el manual de instrucciones de una lavadora, pero pese a ello yo continué espulgando los estantes de la sección de poesía de la biblioteca en busca de esas palabras que me habitan y que sospecho que nunca compartiré con Rosana. El recuerdo de mi mano sobre la suya aún tiene el efecto de hacerme enrojecer las mejillas de vergüenza. He hecho mío un poema de Mario Benedetti, tanto que lo llevo pegado al velo del paladar con el placer avariento de quien come un caramelo que no quiere que se consuma nunca. *Mi táctica es / mirarte / aprender cómo sós / quererte como sós... mi estrategia es / que un día cualquiera / no sé cómo ni sé / con qué pretexto / por fin me necesites...*

...aunque sólo sea para cargar sobre mis hombros tu pesado violonchelo, Rosana, añado yo.